

El amor de una madre y el honor de una doncella

ocurrido el día 15 de marzo de 1921

Hijos de este siglo ilustro
de luz y verdad llamado
poned atención y oiréis
el caso más inhumano,
más sangriento y horroroso
que un joven ha ejecutado.

En la provincia de Gerona
hay un pueblo que le llaman
San Feliú, junto a una Sierra
muy extensa y elevada,
un joven vivía en ella.

Luis Martínez se llamaba
y en el pueblo era estimado,
pues nadie pudo saber
lo que en su pecho alevoso
abrigaba este malvado.

Para la joven Teresa
a la que estaba amando,
sin comprender la infeliz
que tal amor era falso,
y por lo tanto daría
un funesto resultado.

A los infelices viejos,
padres de esta desgraciada,
un enconoso interés
en su corazón guardaba,
deseando vivamente
el día de la venganza.

Pues creía que a su hija
malamente aconsejaban,
para que la despreciase
y de su casa expulsara.

Pero tan solo la joven
por su voluntad obraba.

Decidido a probar suerte
una noche se prepara
para prender a la joven
y ver si de ella alcanzaba
el infame pensamiento
que en su mente albergaba.

Para lo cual con dulzura
de esta manera hablaba:

Luis.—Es tan intenso y profundo
el amor que te profesó

que deseo en este instante
de tu distinguido aprecio
una prueba solamente
y yo te juro y prometo
cumplir como hombre de bien
sin poner impedimento
para casarme contigo
que de corazón deseo.

Teresa.—Jamás hubieras creído
que tal cosa me dijeras;
eres necio y atrevido,
pero te juro de veras
que por mucho que me ames
y por muy fiel que seas
nuestro amor finalizó;
vete ya, no te detengas
ni escarnezcas mi honradez
ni acrecientes más mis penas.

L.—Tu piensas que mis palabras
no se cumplirán jamás;
ten por cierto y por seguro
que no me volveré atrás.

Antes que ser te traidor
con un puñal fraticida
clavado en mi dorazón
la vida me quitaría.

No desconfíes de mí,
que muy de veras te amo
y te prometo vivir
hasta que muera a tu lado.

T.—Es en vano cuanto digas
no lograrás la intención,
pues aunque niña, a Dios gracias
tengo sobrada razón.

Pues cual joven honesta
juro defender mi honor,
por última vez te digo
auséntate de esta casa,
olvidame para siempre,
no pienses en deshonrarla.

L.—Ya me voy, no te enfurezcas
pero te juro y prometo
he de beber de tu sangre
aunque riña con el cielo.

Al decir estas palabras
cual fiero y voraz león
salio jurando venganza
con palabras que hasta horror
causa oír escuchadas
el humano corazón.

Aquí se estremece el pulso
y se horroriza el corazón,
pues la pluma es impotente
para que con perfección
pueda describir la ira
que de Luis se apoderó.

Solo sangrientos proyectos
en su mente concebía
por ver si encontraba medios
para quitarles la vida
a su desgraciada novia
y a su inocente familia.

Dos alevosos traidores
para este objeto buscó
de sus perversos amigos
y a los cuales prometió
darles cuatrocientos duros
si con fiereza y valor
ejecutaban el crimen
en la citada ocasión.

El día ya señalado
a las dos de la mañana
por las paredes del patio
se internaron en la casa
y cogiéndolos dormidos,
descuidados en la cama.

Luis con pálido color
y colérica mirada
a la cama de la joven
velozmente se acercaba,
y con un cortante acero
de muerte la amenazaba.

Con gran ternura los padres
de rodillas en el suelo
a Luis piden clemencia
y justicia al Santo Cielo.

Ha llegado, decía Luis,
la hora de mi venganza,
temblad, miserables viejos,
autores de mi desgracia,
que doscientas puñaladas
os he de dar en la cara
y violaré vuestra hija
a la hora que me plazca.

Ni rayos ni centellas

ni el cielo con su poder
es imposible, mi ira
en este instante contener,
pues solo en vuestra agonía
podré lograr placer:
pues pienso ¡viejos del diablo!
de vuestra sangre beber.

T.—¡Dios mío! ¿qué es lo que veo?
qué desgraciada naci
pues me teneis reservado
que vea a mis padres morir
a manos de tres traidores
¿cual será mi parvenir
antes la muerte quisiera
o yo misma sucumbir?

Detente un instante, Luis,
por piedad te lo suplico,
y reflexiona que Dios
abomina al asesino.

Mis padres son inocentes
y de nada tiene la culpa
yo fui quien te desprecie
pues que no quise ser tuya.

Rompeme el corazón
y haz pedazos mi cuerpo
pero respeta a mis padres
que son seres que venero
y antes de verles morir
mi misma muerte prefiero.

Siempre reusé entregarme
a tus impuros deseos,
más te suplico un instante
en el crimen deteneos.

Haz, Luis, de mi lo que quieras
tu eres el afilado acero
y yo la humilde cordera
que a tu fallo me sometí.
¡misericordia y clemencia
para mis padres te pido!
cuantos trabajos por mí
los pobres habrán sufrido,
y sin poder remediar
su suerte fatal destino.

L.—No esclames, no hay remedio
su suerte es inevitable,
pues ni los hombres ni Dios
han de poder conquistarme
aunque en manos del verdugo
mi último suspiro exhale.

T.—Sois cobarde, ruin y bajo,
sois un modelo de infames,

porque queréis inhumanos
asesinar a mis padres,
sin que delito ninguno
tengáis que acumularles.

L.—Basta ya de reflexiones
que es la hora avanzada
y solo he venido aquí
para saciar mi venganza.

T.—No consumas este crimen
por Dios, Luis, no lo hagas,
y siempre seré de ti
la más servicial esclava
que yo no vea morir
a mi madre asesinada
y a mi pobrecito padre
víctima de tu venganza.

Presa de una convulsión,
al decir estas palabras
cayó la joven doncella
en el suelo accidentada;
aprovechán la ocasión
los infames asesinos
y mortales puñaladas
dan a sus padres queridos
convirtiendo el aposento

en un teatro de esterminio.

Seis puñaladas tenía
la desventurada madre
y cuatro reconocieron
en su malogrado padre.

Cuyo crimen horroroso
debe el Cielo castigar
para que sirva de ejemplo
a toda la humanidad.

La joven aun desmayada
y sin señales de vida
la montan en un caballo
y a la carrera caminan
a un espeso olivar
que el asesino tenía
a legua y media del pueblo
donde llegaron de día.

El pueblo quedó asombrado
de ver tan barbaro hecho
y la autoridad dispone
con solemnidad en hierro
de los desgraciados padres
para memoria y recuerdo
de toda aquella comarca
con dolor y sentimiento.

SEGUNDA PARTE

Al volver en sí la joven
se le acercó el asesino,
el que con ira soberbia
estas palabras le dijo.

L.—No ignoras que a tus padres
esta noche asesiné,
si no logro lo que intento
contigo lo mismo haré,
pues se muy bien que mi fin
desastroso ha de ser
y seguro estoy que a manos
del verdugo moriré.

T.—Infame ¿tienes valor
para estas cosas decir,
cual si a mi querido padre
no lo hubiese de sentir?
O a mi desgraciada madre,
la que se expuso a morir
por mí, para luego verla
morir a manos de un vil?

L.—No hagas más reflexiones
que mi corazón no ablandas;
o sucumbir, o ser mía.

es tan solo tu esperanza,
y si no pronto te juro
que a Dios entregarás tu alma,
pues solo ansia mi pecho
la más horrible venganza.

T.—Coge tu agudo puñal
y sepúltalo en mi pecho,
pues yo no quiero vivir;
ya que mis padres han muerto,
justo es que yo sucumba,
venga el castigo del Cielo
porque oculo nada existe,
todo lo descubre el tiempo.

En esto el fiero asesino
encargó a sus compañeros
que le traigan comestibles,
por los que fueron al pueblo,
y después de atar a la joven
se entregó tranquilo al sueño,
sin precaver el castigo
que le guardaba el Cielo.

Vió la joven que el puñal
colocó a su cabecera.

el que cogió velozmente
con suavidad y ligereza

Dos fuertes puñaladas
le dió sobre la cabeza,
con las que quedó mortal
sin poder hacer defensa.

Levanta de nuevo el puñal
y sobre su corazón,
descargó tal puñalada
que al momento expiró.

Dando gritos que hasta horror
a la doncella causó
y atravesando los campos
pronto en el pueblo entró.

Más al verla los vecinos
todos a una sola voz
deseosos preguntaban
lo que en su casa ocurrió

De las masas rodeada
llegó al Ayuntamiento
contando a la autoridad
tan desastroso suceso.

Y manda el señor alcalde
que catorce escopeteros
buscaran los criminales
dentro o fuera de la capital,
los que pronto presentaron
uno vivo y otro muerto.

El que con vida quedó
le llevaron a la cárcel
cargándole de cadenas
porque la verdad declare.
La Audiencia lo sentenció
a muerte en garrote vil
¿quien quiere ser criminal
teniendo tal porvenir?

Ya lo vuelven a la cárcel
después de estar sentenciado,
para que pague su crimen
aquel ser tan desgraciado.

El reo muy compasivo
piensa en su triste familia,
pues por ser un criminal
los deja en la ruina.

El reo Francisco Díaz
meditando está en la cárcel,
pues su sentencia le altera
y no puede hablar con nadie.

Sólo piensa en el suicidio
manera de realizarlo
para acabar su agonía
en un trance tan desgraciado.

Pide papel para escribir
que le sirven al momento,
se despide de sus hijos,
dándoles un buen consejo:

Ya me veis queridos hijos,
metido en este sitio;
yo me voy a dar la muerte
en pago de mis delitos.

Para mengua de mi nombre
y deshonra de mis hijos
dejo a mi esposa perdida
y a mis tres queridos hijos
sumidos en la miseria
sin tener ningún auxilio,
y yo por criminal muero
con la muerte del suicidio.

En la hora de la muerte
tan solo un favor os pido:
porque sea yo criminal
no maltrateis a mis hijos,
pues harta desgracia tengo
con morir en este sitio.

Maldito sea el interés
y los perversos amigos,
pues por ellos yo me veo
maldiciendo mi destino.

Adios, mi madre querida;
adios, parientes y amigos;
adios, venerable esposa;
adios, mis amados hijos.

Concluya pronto mi sino,
que acabe pronto mi vida,
que yo no padezca mucho
en esta cruel agonía
y mi muerte sea ejemplo
de los padres de familia.

Así acabó la carta
del reo Francisco Díaz
dió un adios al espacio
dirigido a su familia.

Las cintas de las algatas
le han servido de cordel
haciendo con el un lazo
lo cuelga en la pared

Se ha subido a una mesa,
coloca luego un banquillo,
y de esta manera trágica
ha realizado el suicidio.

Quiera Dios que este suceso
a todos sirva de ejemplo,
para evitar estragos
que hace tiempo estamos viendo.